

Claroscuro

Juan Pablo Noreña Cardona

Director de Orquesta, profesor de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia,
juanpablonorenacardona@gmail.com

El césped recién cortado, la alfombra aspirada, los estantes impecables de madera rústica, las piezas de decoración pulidas y los espejos relucientes demostraban la meticulosidad con la que se había ordenado el lugar, que para ocasiones como esta lucía tan acogedor. El reloj de péndulo, con su vaivén inquebrantable, indicaba que la hora del encuentro parecía por fin consumarse.

—Excepto la luz solar sin filtrar o las profundidades de un agujero negro, nada es blanco puro o negro puro —aseguró Nadir con voz grave, y luego prosiguió—. Dos tonos fascinantes llenos de simbolismos, que en conjunto representan la dicotomía más sublime. Verás, con las 88 teclas del piano, en la conjugación entre blancas y negras, se interpretan obras musicales extraordinarias, llenas de distintas atmósferas para el deleite del oído curioso y dispuesto.

El aroma fresco que inundaba la estancia se había intensificado por la tempestad de la noche anterior, en la que los árboles circundantes parecieron danzar frenéticamente.

—Ya hay allí —continuó Nadir—, entre notas naturales y alteradas, una rivalidad que deja entrever lo complejo del asunto; por un lado, la luminosidad y el heroísmo que emanan del do mayor, de teclas blanquecinas, como sucede en la Sonata “*Waldstein*” del gran Beethoven, en oposición con el patetismo sombrío de su Sonata “*Quasi Una Fantasia*”, mal llamada “Claro de Luna”.

Era inevitable notar una de las cejas levantadas en el rostro de aquel individuo instruido, en ademán de desaprobación por aquel error habitual.

—Creo que la hemos escuchado aquí juntos —replicó su acompañante desde el extremo contrario de la habitación, luego de acercar sus manos a los labios, para expulsar un soplo tenue hacia las palmas, que solían tornarse sudorosas sin razón aparente.

—En efecto —asintió Nadir—. Esa sonata que tanto te conmovió aquella vez, resulta estar en do sostenido menor, una tonalidad musical predominada justamente por las teclas negras, como bien has de inferirlo, mi estimado Karol.

La casa de campo en la que se encontraban los dos hombres pertenecía al mayor de ellos, el señor Nadir, un jurista jubilado. Allí, en la biblioteca que durante años había expandido con admirables textos de todo tipo, Nadir pasaba sus tardes de soledad, secundado por las más bellas obras musicales y literarias. Pocas eran las oportunidades, como la que hoy acontecía, en las que contaba con la presencia de algún visitante. Luego de beber un sorbo de la infusión que sostenía de forma trémula en sus manos ajadas, el anfitrión continuó diciendo:

—En palabras del escritor Oscar Wilde: “todos llevamos dentro el cielo y el infierno”, aludiendo con precisión al conflicto inherente del hombre, aquel yin yang que es la misma existencia humana. Esa dualidad contrastante, luz y oscuridad, bien y mal, nos arrastra inexorablemente a una confrontación eterna, una partida de ajedrez interminable, cuyas piezas blancas y negras luchan por la victoria unas contra otras en un juego de poder, de reyes y peones, de amos y esclavos, tal vez blancos los primeros y negros los segundos.

Mientras extendía la mirada por la ventana, Karol intervino con aire conciliador.

—No debes olvidar que entre ese caos también germina la belleza, de matices intermedios con toda una gama de grises, presentes, por ejemplo, en las artes visuales donde el *Black & White* es la gracia de la estética. —Hizo una breve pausa, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas, y con gesto de contar con los dedos, agregó: —La fotografía, el cine, y la pintura, exploran un universo monocromático valiéndose de esa técnica, capaz de expresar gran diversidad.

—Tal vez tengas razón. Me agradan las referencias que mencionas —dijo Nadir, llevándose la mano derecha al mentón en signo de duda. El anillo opaco que aún portaba en el dedo anular dejaba en evidencia el paso implacable del tiempo.

—También la naturaleza nos revela el encanto de aquellos colores adversarios; la cebra, la orca, el oso panda y el perro dálмата son algunos ejemplares del reino animal que hacen gala de hermosas pieles bitonales. —concluyó Karol nuevamente con la seña del conteo en los dedos.

—No obstante, los objetos no tienen color en sí mismos, sino que únicamente reflejan, según sus características, la luz que reciben —replicó Nadir con voz áspera—. ¿Tiene entonces color el alma? ¿Podremos acaso verla? —Fue inmediato el desconcierto en el semblante de su oyente—. Me temo que ha de debatirse entre aquellas fuerzas opuestas que he venido exponiendo. La lucha de lo que es correcto y lo que no, de lo justo y lo injusto, de lo bondadoso y lo maligno. En ese vórtice estamos todos atrapados, Karol, en un mundo incoloro donde cada quien cree poseer la verdad y la razón, la superioridad y la justificación.

Karol frunció el ceño, meditó un instante mirando fijamente a su amigo Nadir, quien estaba sentado en un sofá ocre aterciopelado, y posteriormente expresó con aire apenado:

—No podría yo darte respuestas a semejantes cuestiones.

El volumen de la música pareció elevarse cuando la orquesta sinfónica que sonaba por el tocadiscos alcanzaba el clímax de la interpretación. Karol, a su mediana edad, apenas y había asistido a un par de conciertos de ese tipo, pero disfrutaba gratamente las pocas tertulias en las que su camarada Nadir le compartía su amor por el arte, y cavilando sobre los interrogantes que acababa de escuchar, quiso añadir:

—Una vez me crucé con una mujer de cabellos canos que aseguró haber visto mi aura humana. —El dueño de la casa lo miraba con cierto asombro—. Era una mañana calurosa y habíamos llegado a la parada del autobús que nos conducía desde mi pueblo hacia la capital. Ella se había sentado a mi lado y durante el recorrido, que duró unas dos horas serenas, no pronunciábamos palabra alguna, mientras tanto yo me sumergía en

pensamientos sin sentido. Cuando llegamos a la ciudad y nos detuvimos en aquella única parada permitida, antes de que el autobús continuara hasta la estación de transportes, ella me preguntó si debía descender allí para llegar a la catedral, a lo que le respondí afirmativamente.

—La catedral más alta del continente, recuérdalo bien. —Se apresuró a señalar Nadir, de forma orgullosa.

—¡Y de color gris cemento! —exclamó el convidado esporádico al esbozar una mueca de picardía. Las visitas de aquel gentil hombre a la casa del abogado en retiro se habían convertido en una especie de oasis para la ordinaria, y a veces tediosa cotidianidad de Nadir, quien escuchaba el relato de su amigo con atención.

—Bueno, volviendo a la señora, recuerdo que se apresuró a tomar el equipaje desordenado que había colocado parsimoniosamente delante de sí al ingreso, y me dispuse impaciente a ayudarla, mientras le decía que yo también me bajaba en ese lugar. Con halagos y toda suerte de adulaciones, la mujer se despedía de mí, luego de que le indicé el camino hacia la catedral, y al final, con una expresión enigmática, me dijo algo así: “joven, qué amable, quedan pocos como usted. En sus ojos claros veo la honestidad, y veo también su aura humana, muy radiante”.

Al cabo de un silencio fugaz, Karol buscó la mirada de su amigo, quien parecía pensativo, y ultimó:

—Ahora, luego de tantos años de aquel encuentro, sé que no he sido honesto en mi vida, pues la mentira es también parte orgánica de lo que todos llevamos dentro. ¿Y sabes, Nadir —el hombre mayor entornó sus ojos—, qué es lo más cómico de aquella historia? Que por apurarme a ayudar a la mujer, olvidé mi maleta y no pude recuperarla.

El veterano de las leyes sonrió plácidamente, pero en su rostro pronto se dibujaría el estupor provocado por la mención de aquella otra cosa que también todos cargamos dentro. Él, que había mentido tanto, sobre todo a sí mismo, no pudo evitar emitir un hondo suspiro.

—¿Te hablaron también sobre el aura cuando estabas en el seminario? —preguntó Karol con facción expectante.

—No lo creo. no lo recuerdo bien. O tal vez no quiera recordarlo ya.

Nadir terminó su bebida herbal, puso la taza sobre la mesita adyacente y con esfuerzo se levantó del sillón para contemplar el paisaje de colinas ondulantes que se desnudaban por el cristal de la ventana. Al dejar su adolescencia, había pasado un par de años internado en el Seminario Menor donde destinaba gran parte del tiempo a labores domésticas y deportivas, pero también estudiando un poco de teología, Historia, filosofía, y música. Su vocación no logró consolidarse al punto de decidirse por el sacerdocio y abandonó el lugar cuanto tenía 21 años.

—Son espléndidas esas cadenas montañosas, ¿verdad? —comentó Karol con tono de disculpa—. Siempre me ha cautivado su variedad de verdes, como una manta de retazos de las que antes tejían las abuelas.

—Lo son, por eso me esforcé en la búsqueda de una casa en esta comarca, para disfrutar de la tranquilidad del ambiente campestre, mi querido Karol.

La referencia al seminario condujo brevemente al propietario de la morada por recuerdos lejanos, pero también por aquella vez en que su interlocutor le había explicado la procedencia de su nombre; tras la visita al país del Sumo Pontífice polaco, la madre de Karol no dudó en llamar a su recién nacido con el nombre de pila del jerarca. Era casualidad que Karol además fuera el segundo de los hijos del seno familiar.

—Karol II —declaró jocosamente Nadir.

El interpelado se puso de pie como cuando de niño lo llamaban a lista en la escuela, y exclamó con firmeza —¡Presente! —luego tomó asiento nuevamente y ambos rieron.

En aquel momento, la música animosa del primer movimiento había concluido para dar paso a la melancolía lastimera del segundo.

—Otra prueba irrefutable de las contradicciones de la vida. —profirió el jurista senil, señalando hacia arriba con el dedo índice derecho, levantándolo muy cerca del pabellón de la oreja, y luego añadió—. Como esta sinfonía, la existencia es un devenir constante de risas y llantos.

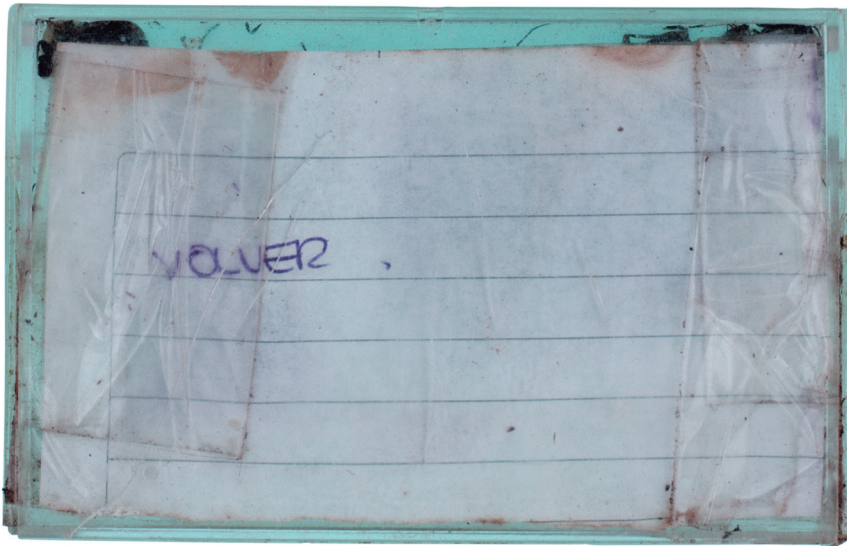
—Ya lo creo —respondió el invitado mientras asentía suavemente con la cabeza—.

Con los primeros acordes del *Adagio*, Nadir pareció sumergirse en un océano de pensamientos profundos, y transcurrió una tarde más sin lograr reunir la valentía para proclamar el amor que fervientemente profesaba por su compañero de charlas.

Unas semanas después, entre sollozos, los asistentes se preguntarían por el misterioso hombre que sostenía un paraguas gris con el que se resguardaba de la lluvia fina, como hacían los demás. Ni siquiera la exesposa del fallecido al que despedían logró reconocer al caballero de ojos claros, cabello rubio, y contextura esbelta, como el ciprés tupido que adornaba el campo santo. En aquel lugar, donde los vivos se contaban en unos cuantos, y observando los trajes de luto en blanco y negro de los presentes, Karol habría de recordar aquella tarde en que su difunto amigo le habló por última vez. ■



Juan Manuel Echavarría, serie La María, 1998



Juan Manuel Echavarría, serie La María, 1998